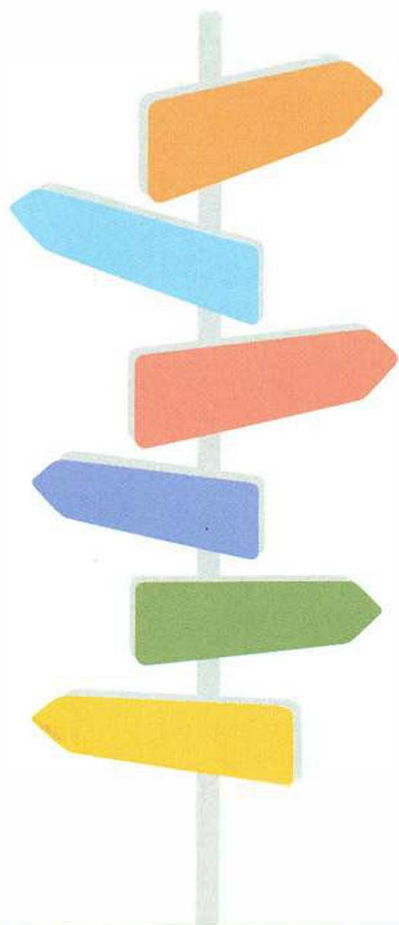


ECUADOR Debate₁₀₃

Quito/Ecuador/Abril 2018

Alternativas al capitalismo



¿Hacia dónde vamos?

Conflictividad socio política: Noviembre 2017 - Febrero 2018

De las “ciencias económicas” a la post-economía. Reflexiones sobre el sin-rumbo de la economía

Alcance y vigencia del postdesarrollo: de la crítica al desarrollo al debate sobre las transiciones

Encontrando senderos pluriversales

¿Qué es el decrecimiento? De un lema activista a un movimiento social

Alternativas radicales al Desarrollo

Una estrategia eco-feminista: militar por el agua, el clima y las luchas post-desarrollo

La comunidad andina revisitada: cuestión agraria y cuestión indígena en Chimborazo

Pensamiento y motivaciones detrás de las intervenciones políticas de los militares ecuatorianos (1990 – 2007)

Desafiando la narrativa estándar: desarrollo petrolero en el oriente ecuatoriano

DEBATE AGRARIO RURAL

La comunidad andina revisitada: Cuestión agraria y cuestión indígena en Chimborazo

Víctor Bretón Solo de Zaldívar*

En el marco de las transformaciones estructurales experimentadas en los Andes durante el último tercio del siglo xx, este texto interpela sobre la naturaleza de la relación versátil entre esos cambios, las estrategias desplegadas por los grupos subalternos indígenas y el manejo de la identidad étnica como elemento potencialmente activable en el combate por el reconocimiento, la integración selectiva y el acceso a recursos. En medio de una investigación de largo aliento en la provincia de Chimborazo, el artículo explora algunas líneas de reflexión abiertas sobre las que se sugieren varias hipótesis de trabajo. La primera de esas líneas incide en considerar las vías de liquidación del régimen terrateniente y sus implicaciones en el condicionamiento de las formas que adoptaron los liderazgos campesinos e indígenas, así como el conjunto de la configuración del mundo pos-reformista resultante de esos procesos. Ello implica retomar y actualizar los viejos debates sobre la comunidad andina, contrastando las visiones esencialistas al uso y aportando, a partir de las especificidades chimboracenses, argumentos a una discusión de marcado alcance regional. Lo dicho nos ubica, en tercer lugar, frente a la plasticidad de los procesos de politización de la etnicidad y la reconfiguración de genuinas estructuras de poder e intermediación en el mundo indígena, particularmente tras la reforma agraria, la apertura limitada de las espoletas de la movilidad social y la generación de formas inéditas de interlocución con el Estado y, en general, con todas las instancias que conllevó la ampliación del espacio social derivado del avance de la globalización.

En los Andes ecuatorianos, el sistema privado de administración de poblaciones emanado de la constitución del régimen republicano, tal como fue caracterizado por Andrés Guerrero (2010), se resquebrajó de modo irreversible a partir de la disolución del orden latifundista, particularmente desde que las reformas agrarias de 1964 y 1973 sellaran su final de manera abrupta.

Este trabajo se basa en el estudio de dos casos representativos de grandes haciendas norandinas caracterizadas en su día por la explotación del campesinado dependiente de ellas, por medio del mantenimiento de un juego de relaciones de producción no salariales (llamadas *precarias* en la literatura de la época).¹ Más allá de los efectos de su disolución en términos redistributivos, se incide en la formación durante la etapa de la lucha por la tierra (en alianza con actores externos, tales como

* Catedrático de Antropología Social de la Universitat de Lleida (Cataluña, España): breton@hahs.udl.cat y Profesor Emérito Honario de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales-Ecuador: vbretón@flacso.edu.ec

1. La hegemonía de las haciendas explica la pervivencia, hasta los años sesenta, de un abanico de vínculos *precarios* entre las economías campesinas y los hacendados. El más importante de ellos era el *huasipungo* (del quichua *wasi*-‘casa’ y *pungo*-‘puerta’), que consistía en la obtención de rentas en trabajo por parte de los terratenientes a cambio de permitir el acceso a la tierra y otros recursos de la hacienda.

corriente de la Iglesia de la Liberación o determinados sectores de la izquierda clásica), de una red de intelectuales orgánicos –y creo que la referencia a Gramsci (2006) es ineludible– que se constituyeron como los nuevos intermediarios-mediadores entre las comunidades indígena-campesinas, los poderes públicos y las agencias e instituciones integrantes del aparato del desarrollo. Se pretende hacer un seguimiento de esos procesos y, a la vez, indagar en las razones por las que los cambios a nivel macro fueron reconvirtiendo a esas nuevas elites, después, en dirigencias étnicas maleables desde la lógica del neo-indigenismo etnófolgo que ha caracterizado, con matices y notables variantes, la orientación de las políticas públicas dirigidas a esos colectivos a partir de 1990 (Bretón y Martínez Novo 2015).

Lejos de una investigación ya terminada, el texto explora algunas líneas de reflexión abiertas sobre las que se sugieren varias hipótesis de trabajo.² La primera de esas líneas incide en considerar las vías de liquidación del régimen terrateniente y sus implicaciones en el condicionamiento de las formas que adoptaron los nuevos liderazgos campesinos e indígenas, así como el conjunto de la configuración del mundo pos-reformista resultante de esos procesos. Ello implica retomar y actualizar los viejos debates sobre la comunidad andina,³ contrastando desde la economía política las visiones esencialistas al uso y aportando, a partir de las especificidades de la sierra central del Ecuador, argumentos empíricos a una discusión de marcado alcance regional. Lo dicho nos ubica, en tercer lugar, frente a la plasticidad de los procesos de politización y des-politización de la etnicidad y la consolidación (o reconfiguración), de genuinas estructuras de poder e intermediación en el mundo indígena, particularmente tras la reforma agraria, la apertura consiguiente (moderada y selectiva) de las espoletas de la movilidad social y la generación de formas inéditas de interlocución con el Estado y, en general, con todas las instancias que conllevaron la ampliación del espacio social derivado del avance de la globalización. El foco de interés predominante del artículo son las formas de protesta y lucha por el acceso a recursos y derechos en el devenir de unas dirigencias cada vez más escoradas hacia discursos etno-esencialistas. Su ámbito de reflexión alcanza desde el inicio del crepúsculo del régimen gamonal,⁴ en torno a la década de 1950, hasta los años inaugurales del siglo xxi.⁵

2. Este artículo se nutre de una dilatada incursión etnográfica y archivística (todavía en curso) en sendas áreas de los cantones de Colta y Guamote (provincia de Chimborazo) visitadas a inicios de los ochenta por Ferrín (1980) y Tohaza (1984). Recientemente, han sido objeto de interés de Tuaza (2014 y 2014b), Soria (2014), López (2015) y Meneses (2014), además de quien escribe estas líneas, coordinador del proyecto colectivo en que se inscriben estas últimas investigaciones citadas.

3. Ver, entre otros muchos, Cotlear (1989), Contreras (1996) y Martínez Valle (2002).

4. *Gamonalismo* es el nombre con el que suele identificarse, en la literatura especializada, al sistema de dominación de las poblaciones indígena-campesinas racializadas que tenía en la figura del terrateniente –el gamonal *stricto sensu*– su máxima figura jerárquica. Implica contemplar la articulación de la hacienda (el latifundio) a los niveles locales, regionales y estatales de la dominación étnica, constituyendo formas hegemónicas de ejercicio del poder integrantes de un régimen externalizado de gobierno de poblaciones. Ver Ibarra (2002).

Un laboratorio social privilegiado

El escenario de la investigación es la actual provincia de Chimborazo, que constituye por diferentes razones un enclave excepcional para aterrizar con estas inquietudes: presencia de enclaves de intersección ecológica entre los Andes septentrionales y los centrales;⁶ abrumadora mayoría de población quichua asentada históricamente en el medio rural; gran concentración de la propiedad rústica hasta los prolegómenos de la reforma agraria y resiliencia de relaciones de producción (aparentemente) no-capitalistas; centro de actuación del Partido Comunista, así como epicentro de la Teología de la Liberación a partir de la década de 1960; región visitada por investigadores de la cuestión agraria en los años setenta y ochenta, y de una gran profusión de estudios étnicos a partir de los noventa; territorio, además, sobre el que se experimentó todo tipo de propuestas en materia de desarrollo rural: desde el indigenismo y la reforma agraria hasta la afluencia masiva de agencias de intervención (básicamente ONG), durante las décadas finales del siglo xx. En ese contexto particular, las reflexiones que vienen a continuación se nutren del humus del estudio de los procesos de disolución de la hacienda Llinllín (en la cordillera occidental, cantón Colta) y del complejo hacendatario de Totorillas (en un ramal de la cordillera oriental, cantón Guamote), expresiones emblemáticas del gamonalismo crepuscular prevaleciente en Chimborazo hasta el último tercio del siglo xx.

Llinllín era una hacienda de cerca de 4.500 hectáreas, parte de la vieja heredad Columbe Grande de la familia Dávalos (apellido de raigambre aristocrática en Ríobamba, capital provincial), que en la fase terminal del régimen latifundista contaba en su interior con unos 130 huasipungueros nominales. Eso implicaba otras tantas familias ampliadas, con sus correspondientes *arrimados* –la siguiente generación en ciernes, a la espera de acceder a la titularidad de un huasipungo por parte del patrón–, lo que indica un cuadro bien agudo de presión campesina sobre los recursos internos de la heredad. Ese conjunto de familias ampliadas asentadas que en el fondo constituían, de hecho, una *comunidad-huasipungo* en toda regla,⁷ legalizándose tras la desaparición de la hacienda.

5. El tema de la relación conflictiva entre las organizaciones indígenas y la Revolución Ciudadana bajo el correísmo (2007-2017) queda fuera del ámbito analítico de este trabajo. Véase al respecto Martínez Novo (2014).

6. La divisoria entre ambos ecosistemas se ubica en realidad a la altura de la línea imaginaria que va de Trujillo a Cajamarca, en el norte del Perú. De ahí hacia el septentrión, los Andes son más húmedos, la oscilación térmica diaria menor y los valles interandinos más atemperados. Los pisos ecológicos más altos responden a la categoría *páramo* entendida como un espacio muy húmedo, de suelos profundos que actúan como una esponja captadora del agua en la estación lluviosa y muy frágiles a la exposición de la explotación humana. De la mencionada línea imaginaria hacia el sur, predomina la *puna*, entre cordilleras más altas, con un clima seco más frío y oscilaciones térmicas diarias muy fuertes. La especificidad de Chimborazo es que conforma un territorio de Andes de páramo salpicado de *islas de puna*, presentando características ecológicas mixtas a lo largo de casi toda la provincia.

7. A partir de su experiencia etnográfica en Cayambe, al norte de Quito, Guerrero comentaba cómo la comunidad huasipungo “estaba constituida por el entrelazamiento de relaciones por una parte, de producción y circulación-distribución (...) y, por otra, de parentesco sanguíneo y ritual (el *compadrazgo*). Urdimbre económica duplicada por una tendencia marcada hacia la endogamia de un conjunto de unidades domésticas campesinas-indígenas: los grupos huasipungos poseedores de lotes familiares otorgados consuetudinariamente por el hacendado al ‘titular’, reconocido como jefe de familia, responsable de derecho y obligaciones” (1991, 113).

Llinllín se extendía por un gradiente ubicado entre los 3.000 y los 4.000 metros de altura, aproximadamente, albergando un conjunto de pisos ecológicos que, aunque con evidentes signos de sobre-explotación en el momento actual, son bien representativos de las características de las tierras altas húmedas equinocciales. Escenario de una dura lucha por parte de los campesinos precaristas contra el patrón, con una presencia y una influencia decisiva de activistas de la Federación Ecuatoriana de Indios (FEI),⁸ tras una huelga de un año de duración (en 1979) y varios altercados violentos con la fuerza pública, fue finalmente intervenida por el Estado y redistribuida a inicios de los ochenta (Tohaza 1984). De la disolución de Llinllín nació la actual comunidad indígena, dividida a su vez en cuatro asentamientos que determinan la ocupación de la antigua hacienda por parte de las familias comuneras allí residentes.

Totorillas era el nombre genérico con el que los campesinos de Guamote aludían a los tres latifundios anexas propiedad de Pablo Thur de Koos. Un hato de propiedades que, en conjunto, sumaban más de 16.000 hectáreas (cerca de 6.000 Pasñaq, 5.500 Totorillas y unas 5.000 Yacupamba), acogían –y el cálculo es mío en base a los informes del IERAC⁹– a unas 500 familias precaristas, y fueron de los últimos grandes predios en desaparecer, ya entrada la década de 1980, después de un largo y sangriento (por la represión patronal) proceso de asedio interno por parte de los campesinos. Totorillas tenía una conformación territorial mucho más compleja que Llinllín. Estaba ubicada, literalmente, a caballo de un ramal de la cordillera oriental desplazado del eje axial de esta hacia el occidente, entre el río Cebadas (2.750 metros de altura) y la vía férrea en su tramo Guamote-Tixán (3.000 metros), atravesando un extenso filo montañoso que alcanza su cénit en el cerro Yana Rumi (4.256 metros); mostraba a los ojos del observador un variado elenco de pisos ecológicos yuxtapuestos, menos húmedo en general que el de Llinllín, bastante más degradado por la sobre-explotación y con importantes enclaves de *puna* en las partes altas colindantes con extensiones todavía importantes de pajonal de páramo equinoccial. A partir de dos comunidades indígenas muy antiguas (de origen colonial), secularmente encapsuladas por las haciendas, el acceso a la tierra se substanció con los años en un proceso de asalto al páramo y fundación de comunas, cada vez más arriba, hasta llegar a las actuales 13 con personalidad jurídica reconocidas por el Estado.

Uno de los asentamientos con solera, el de San Felipe de Chismaute, proviene de una antigua reducción de indios establecida por los Agustinos en el siglo XVIII que permaneció como comunidad libre, aunque encorsetada y vinculada orgánicamente a la hacienda hasta su disolución. A partir de entonces, y junto a las comunidades-huasipungo existentes al interior de Totorillas, se convirtió en uno de los centros

8. Fundada en 1944 al amparo del Partido Comunista, la FEI fue una organización clave en la lucha por la tierra del campesinado indígena sometido a las haciendas, jugando un rol protagónico en la exigencia del cumplimiento de las leyes de reforma agraria. Con la consolidación posterior de las organizaciones étnicas, perdió importancia hasta quedar alejada a principios de los ochenta. Ver Guerrero (1993) y Becker (2008).

9. Instituto Ecuatoriano de Reforma Agraria y Colonización, organismo estatal ejecutor de la legislación reformista.

de ocupación de las grandes fincas, generando con el paso de los años, la constitución por parte de las siguientes generaciones de núcleos en pisos ecológicos más elevados, a fin de facilitar el acceso a la tierra necesaria para garantizar un fondo de reserva para las nuevas unidades domésticas, dependientes ya estructuralmente, sin embargo, de los aportes de la migración estacional de parte de sus miembros a Quito o Guayaquil, e incluso de la de larga duración a los Estados Unidos o Europa desde finales de la década de 1990.

Algunas hipótesis de trabajo

En el marco de las transformaciones estructurales experimentadas en los Andes durante el último tercio del siglo xx, la clave de bóveda que articula los ejes conceptuales de este texto –identidad, representación y poder– es la naturaleza de la relación versátil entre esos cambios, las estrategias desplegadas por los grupos subalternos, clasificados y auto-representados como indígenas, y el manejo de la identidad étnica como elemento potencialmente activable, a veces sí y a veces no, en el combate por el reconocimiento, la integración selectiva¹⁰ y el acceso a recursos. La cuestión de la representación concierne al quién, cómo y en qué parámetros define lo indígena, así como a los procesos de apropiación, auto-representación y proyección pública de unas determinadas maneras de entender el *estar* como tal en una coyuntura particular. Todo ello articulado con la dominación, entendida en el sentido foucaultiano de una estructura de poder cuyas ramificaciones se pueden seguir hasta la trama más tenue de la sociedad, generando situaciones enquistadas en un enfrentamiento de largo alcance histórico entre adversarios (Foucault, 2006) y analizado desde Llinllín y Totorillas. En base a esa mirada a ras de tierra, se formulan a continuación cuatro hipótesis de trabajo con la intención de aportar insumos al debate general sobre la cuestión étnica y la cuestión agraria en dimensión regional andina.

1. Lejos de los diagnósticos de la época, la realidad de muchas de las grandes haciendas de las décadas de 1940 a 1960, obedecía a una lógica económica capitalista, por estar articuladas al mercado y gestionadas desde una voluntad explícita de maximizar el beneficio al mínimo costo posible. En escenarios con las características ecológicas y sociales de Chimborazo, ello llevó a extender el control monopolístico de la tierra, así como a generalizar unas relaciones de producción de tierra por

10. Utilizamos la expresión en el sentido que le da Gavin Smith (2010) refiriéndose al proyecto hegemónico neoliberal. En ese contexto, argumenta este autor, solo algunos colectivos tienen capacidad de negociar su reconocimiento, en consecuencia selectivo por definición. Esto parece extrapolable a los modelos nacional-desarrollistas que precedieron al neoliberalismo. De ahí que la mayoría de las luchas sociales contemporáneas tengan como estrategia el reconocimiento *dentro* de la propia hegemonía, demandando derechos no disfrutados, aunque paulatinamente reconocidos a nivel nacional o internacional. De manera provocativa si pensamos en las plataformas étnicas y, en general, en los nuevos movimientos sociales latinoamericanos, Smith argumenta que solo los grupos potencialmente integrables y reconocibles son capaces de organizarse para negociar este reconocimiento, lo que plantea el asunto nada menor de las implicaciones que ello tiene para poblaciones disfuncionales de regímenes que no reconocen su lenguaje: privadas “de cualquier lengua socialmente aceptable que pudiera darles valor bajo otros términos, no hay políticas de voz para estas poblaciones” (Smith 2010, 193). Esto nos ubica frente al problema de la representación y la ventriloquía política.

trabajo. Unas partes de la hacienda (las mejores, habitualmente las más bajas, planas y con fácil acceso a riego), las dedicaba el patrón a cultivos mercantiles. Para su explotación, introducía innovaciones técnicas *modernas* (tractores, cosechadoras, etcétera), adquiridas en el mercado (nacional o internacional). Dependía, por lo tanto, de su capacidad de capitalización para su reproducción. Sin embargo, al mismo tiempo, un segmento sustancial de los procesos productivos continuaba presentando caracteres aparentemente *arcaicos*, pues se fundamentaba en los mecanismos consuetudinarios del huasipungaje y en la intensificación de la explotación de las unidades campesinas residentes en los fundos. Esas últimas, a su vez, se regían por una racionalidad centrada en el autoconsumo, la minimización del riesgo y formas simples de cooperación y de división del trabajo, así como procesos de cultivo indicadores, en apariencia, de un bajo nivel de desarrollo de las fuerzas productivas (Gangotena, 1974: 70).

De ahí que en la época se tildara al régimen de hacienda como *atrasado* o *tradicionalista*, dominado por una mentalidad *poco empresarial* de los terratenientes. Como ya apuntó Guerrero, la cosa era más sutil y compleja, dado que los latifundistas "procedían a una selección de ciertos momentos del proceso de trabajo tradicional que encontraban provechoso innovar (por razones sin duda económicas), introduciendo medios de producción muchas veces bastante complejos y costosos" a la vez que conservaban "los demás aspectos de la producción sin aportar cambio alguno" (1991: 46). En los casos analizados, la innovación tecnológica estuvo presente de forma selectiva donde las especificidades propias de cada caso lo permitieron.¹¹ Conviene tener presente en este punto que esas haciendas se articulaban al mercado de Guayaquil a través del ferrocarril, como suministradoras de productos básicos (cereales, patatas), desde la inauguración de la línea a inicios del siglo xx (Clark, 2004). El incremento de la demanda interna consecuencia del *boom* bananero costeño iniciado a finales de los cuarenta supuso para ellas un estímulo extraordinario. Contra los pronósticos que auguraban que dicha articulación habría de generar un proceso de modernización estándar (asalarización de las relaciones de producción y eliminación de la renta en trabajo, además de generalización de la mecanización y los productos fitosanitarios), ello aceleró el despojo de las comunidades libres, la concentración monopólica de la propiedad de la tierra y, lo más importante, la perseverancia de las relaciones precarias como estrategia terrateniente para maximizar su tasa de beneficio capitalista (subrayo lo de capitalista). Esa fue la respuesta de la élite gamonal (Thur de Koos y Dávalos dan fe de ello), en un contexto físico y social específico que, de paso, puso las bases del colapso del propio régimen de acumulación. Por un lado, porque se tradujo en una gran sobre-explotación de las tierras más fértiles, muchas de las cuales aparecen hoy desertizadas o sumamente degradadas. Por el otro, porque el aumento del número de unidades campesinas atrapadas

11. Desde la década de 1940 hasta su disolución, se fueron implantando en Totorillas semillas mejoradas de altos rendimientos de papa y maíz, productos fitosanitarios y un elenco nada desdeñable de maquinaria agrícola (tres tractores, dos cosechadoras, una trilladora y dos seleccionadores de semilla) (Ferrín 1980).

en los fundos y su comportamiento demográfico configuró previsiblemente el cuadro de asedio interno constatado ya a inicios de los sesenta.¹² Eso explica la negativa de la última generación de patrones –los que enfrentaron el proceso reformista– a continuar asignando lotes a los hijos de los huasipungueros tras su matrimonio, rompiendo así con los mecanismos cotidianos de dar y tomar de la economía moral hacendaria y azuzando el enconamiento de las estrategias campesinas para ocupar más partes productivas de las heredades.

Particularmente ilustrativo es el caso de Thur de Koos, que pese a poner en práctica una estrategia modernizante y selectiva convencional desde fechas tempranas, no pudo frenar el avance de la lucha campesina y la pérdida de control de amplios sectores de sus propiedades, así como la organización y la alianza clandestina de sectores importantes del campesinado interno con las dos comunas libres –una de ellas Chismaute– vinculadas al hato hacendatario. Entre las estrategias desplegadas por estas en su combate con la hacienda por ampliar los recursos con qué garantizar su reproducción social, el trabajo de campo y los documentos del IERAC permiten destacar las siguientes: la ampliación de las áreas huasipungo, poco a poco, transgrediendo silenciosamente las severas restricciones patronales; la ocupación cada vez mayor con los borregos de la comunidad de las áreas de pasto de los fundos (con el desalojo paulatino del ganado del patrón); el robo de las crías recién nacidas del terrateniente y su incorporación a las propias; la reticencia al buen cumplimiento de las tareas asignadas por la cadena de mando de la hacienda; o la invasión pura y dura de las tierras subutilizadas y de las áreas de descanso que permanecían en barbecho. Un escenario, en suma, de conflicto de baja intensidad permanente, buscando el hartazgo del propietario –ante su impotencia por evitarlo– y la eventual intervención estatal en aplicación de la legislación reformista.

II. Esta última constatación nos sitúa ante la indispensabilidad de comprender la lógica del parentesco ampliado para interpretar ese elenco de estrategias de producción-reproducción indígena-campesinas. Un detalle interesante relacionado con ello es que, desde sus inicios, el programa de lucha de la FEI recogía reivindicaciones tales como el cumplimiento de lo estipulado por el Código del Trabajo, a saber: la defensa de la integridad de los huasipungos, la rebaja de tareas y horas de trabajo para la hacienda, la supresión de faenas gratuitas, la dotación a los huasipungueros de herramientas, el buen trato y la eliminación de los abusos, así como el pago y aumento de los salarios.¹³ Llama la atención que no hubiera una reivindicación ex-

12. Rafael Baraona coordinó en 1962 el estudio del Comité Interamericano de Desarrollo Agrícola (CIDA, 1965) que, en el caso ecuatoriano, permitió diagnosticar –justamente a partir del ejemplo de Totorillas– la situación harto extendida de haciendas sometidas a un verdadero asedio interno (cuando la presión demográfica de los campesinos dependientes del fundo incidía sobre el usufructo de mayores recursos de las grandes fincas) y/o externo (cuando la presión venía de las comunidades libres pero vinculadas también de manera precaria a los latifundios).

13. Aprobado poco después de la Ley de Organización y Régimen de Comunidades (1937), el Código del Trabajo (1938) fue la culminación de una coyuntura en que el Estado trató de dar salida legal al enconamiento de la conflictividad rural sin afrontar de raíz la cuestión de la concentración de la propiedad. Garantizando la inembargabilidad de las tierras de comunidad, la primera tuvo gran impacto en la protección *de iure* de las comunidades externas que, aunque articuladas a las haciendas, pudieron enfrentar mejor la tendencia a verse expoliadas por la voracidad terrateniente. El Código del Trabajo,

presa, como sí la había en el entorno de los intelectuales urbanos del Partido Comunista (Ibarra, 2013), sobre la abolición del régimen de hacienda *per se*. Esta es una observación importante, pues denota la inexistencia de una oposición frontal y explícita por parte de los líderes comunitarios al gamonalismo como tal: sus reivindicaciones, señala Ferrín, “responden a la necesidad de garantizar los recursos necesarios para su reproducción [como campesinos]”; por ello, defender el huasipungo “se debe a que el nexo con la tierra le[s] daba, por un lado, un cierto grado de estabilidad y, por otro, [facilitaba] la reproducción del grupo familiar” (1980: 38). El objetivo fundamental, pues, era el acceso a los recursos de la hacienda necesarios para asegurar la continuidad de la familia ampliada huasipunguera, lo que se traducía en requerimientos diferentes en los distintos momentos del ciclo doméstico.

Los cuadros que formó la FEI en Chimborazo procedían de ese mundo subalterno hacendatario, por lo que conocían bien la lógica de esas formas de producción familiares ancladas a las haciendas. La eliminación del gamonalismo —con todos sus corolarios de deberes y obligaciones entre patronos y precaristas— y la conversión del huasipungo en un lote de plena propiedad en manos de la familia campesina significó, de hecho, la pérdida del acceso a recursos ubicados en otros pisos ecológicos de las heredades. La experiencia de las décadas pos-reformistas pone de manifiesto el constreñimiento gigantesco que ello implicó, desde el punto de vista del elenco de productos con que podían abastecerse las unidades de producción, en base a sus vínculos con la economía hacendataria y, a los lazos de parentesco y compadrazgo entretejidos con las familias establecidas en enclaves altitudinales complementarios pero; diferentes de los grandes fundos (Gangotena, 1974). De ahí, y ese es un descubrimiento novedoso, la instrumentalización que las dirigencias indígena-campesinas hicieron de los discursos y reivindicaciones de sus eventuales aliados de izquierda: lo que para estos pivotaba alrededor de la demanda por el pago de salarios y vacaciones remuneradas, como establecía el Código del Trabajo, desde la perspectiva de las unidades huasipungo era percibido como una oportunidad, no tanto de erosionar o eliminar, en su caso, el oprobioso régimen terrateniente, como para forzar una permuta de esos salarios impagados por más tierra de la hacienda a que acceder para cubrir las necesidades de reproducción de la familia ampliada.

Del lado blanco-mestizo de la frontera étnica, sin embargo, la incompreensión de esas dinámicas era absoluta, sorprendiendo las convergencias constatables entre posicionamientos ideológicos y políticos antagónicos. En efecto, si por un lado los representantes más audaces de la facción terrateniente modernizante veían a las comunidades indígenas como rezagos de un mundo *tradicional* a ser tarde o temprano abatido por el avance de la capitalización del agro serrano;¹⁴ los intelectuales y

complementariamente, devino como veremos en una herramienta fundamental de lucha del campesinado precarista (Tuaiza, 2011: 135-136).

14. Es el caso de personajes como Galo Plaza Lasso, que redistribuyeron buena parte de sus haciendas antes de la expedición de la primera Ley de Reforma Agraria, manteniendo una aureola de *patrones modélicos* porque supieron hacer una lectura

activistas de la izquierda más radical no dejaron de avistar, por el otro, una masa amorfa y analfabeta de sujetos embrutecidos por las condiciones de explotación a que eran sometidos por los terratenientes. Una situación, en este segundo caso, que dejaría de existir en nombre de la socialización de la producción y la redención del indígena tras la superación del latifundismo.¹⁵ El asunto tiene más calado que el que pudiera parecer a simple vista por la sencilla razón de que, el desmoronamiento del gamonalismo y del latifundismo que lo sustentaba, generó una situación histórica abierta en la que las políticas públicas hubieran podido direccionar el devenir de esas unidades campesinas por andariveles compatibles –ecológica y socialmente compatibles– con las peculiaridades de su lógica económica y del medio en el que se asentaban.

Lejos de ello, la incompreensión de la agricultura campesina andina, unida a la consolidación de la revolución verde, como paradigma de actuación dominante desde los años sesenta (al menos), determinó un aluvión de intervenciones sustentadas en la quimera de que era posible (y deseable), convertir a los campesinos de los Andes en prósperos *farmers* capitalizados. Han sido ampliamente verificadas, para otras zonas comparables de la sierra ecuatoriana, las consecuencias derivadas de la aplicación de semejante paquete tecnológico a ecosistemas tan frágiles como los andinos, en términos de precarización de la vida de la mayor parte de la población indígena y de aceleración de los procesos internos de diferenciación social (Bretón, 2012). Las observaciones sobre el terreno en Chismaute (Soria, 2014) y Llinllín (Tuaza, 2014), parecen correr por sendas paralelas.

III. Otro tema de enorme interés relacionado con esa lógica de la familia ampliada, es el del rol cambiante que ha desempeñado la migración estacional de parte de los miembros del grupo doméstico hasta convertir, a partir de un determinado momento, las remesas monetarias en un recurso estructurador económicamente más importante que la tierra. Recordemos que en el caso chimboracense, los terratenientes intensificaron la extracción de una mayor renta en trabajo como respuesta al incremento de la demanda en la costa y a su vinculación con el mercado nacional. Por otro lado, las plantaciones del litoral necesitaban de una fuerza de trabajo estacional que allí era relativamente escasa (a diferencia de la sierra). En este sentido,

adecuada del momento (Barsky, 1988). Estas actitudes fueron posibles en contextos como los de la norteña provincia de Imbabura, en los que las particularidades regionales permitieron ensayar una vía de capitalización hacendataria (a través de su especialización en la producción lechera y derivados, orientada a los emergentes mercados urbanos de elevada elasticidad-renta, por ejemplo) a costa de sacrificar el control monopolístico de grandes superficies. Los datos obtenidos en los registros de la propiedad en Colta y Guamote nos permiten sostener la hipótesis de que algunos terratenientes chimboracenses (así fue al menos en Llinllín) también trataron de aliviar presión demográfica de sus propiedades a través de la entrega de huasipungos (fenómeno apreciable en la segunda mitad de los cincuenta). Las limitaciones ecológicas impuestas por el medio a una mecanización masiva, unidas a los niveles alcanzados por los asedios internos y externos a las haciendas, sin embargo, cortocircuitaron esa estrategia patronal. En Chimborazo, en efecto, la única manera de maximizar el beneficio empresarial era, por contradictorio que parezca, profundizando unos esquemas de extracción de renta en trabajo que desequilibraban estructuralmente el conjunto del sistema, sellando su liquidación en el medio plazo.

15. Entre un extremo y otro había posicionamientos intermedios, como el de los indigenistas que interpretaban el fenómeno en parámetros similares a los de las *regiones de refugio* teorizadas desde México por Gonzalo Aguirre Beltrán (1967), tales como Aníbal Buitrón (1965) o, en el caso riobambeno, Hugo Burgos (1970).

el ferrocarril coadyuvó a la generación de un flujo migratorio sierra-costa nada desdeniable desde, al menos, la década de 1920. Con todo, dado que los huasipungueños estaban ligados a la hacienda y debían devengar trabajo un determinado número de días a la semana, ese vaivén de ida y vuelta fue cubierto con sus hijos, cuyo aporte salarial constituía de paso un insumo importante desde la óptica de la reproducción familiar. El rol desempeñado por esos salarios, sin embargo, fue transformándose con el transcurso de los años. Lentz, por ejemplo, explica cómo, en una hacienda aledaña a Columbe, hasta el ocaso del régimen gamonal los ingresos monetarios “no permitían por sí un ascenso social, sino que tenían que invertirse en la adquisición de terrenos o convertirse en capital simbólico (fiestas, etcétera)”, dado que el eje vital de la estructura social continuaba siendo la tierra (1986: 193). Eso cambió con la diversificación de las pautas de migración a partir de los setenta, con la crisis de producción-reproducción en la que la vía de inserción mercantil de las economías campesinas y el avance de la revolución verde, generó en esas formas de producción, y con el hecho irrefrenable de que, para las generaciones siguientes, la tierra jugará un papel menos importante en términos económicos.

Estos procesos fueron conduciendo, tras la disolución de las haciendas, a un ensanchamiento de las estrategias familiares, orientándose en diferentes direcciones, todas ellas complementarias e interconectadas: una maximización de la participación en y la manipulación de proyectos de desarrollo de todo tipo; una extensión de los límites de la comunidad a escenarios urbanos, regionales, nacionales e incluso internacionales; una sobre-explotación de los recursos naturales plasmada en la pauperización de los pisos ecológicos más altos y frágiles; una evolución en las maneras de auto-representar y ser representada la identidad indígena en un contexto de aceleración de los procesos de diferenciación interna y de los imaginarios de ascenso social; y una peculiar relación con la política formal, vía plataformas étnico-identitarias a nivel local, regional y nacional.

En el caso de Chimborazo pareciera que esa politización de la etnicidad expresara, hasta hoy, la expansión de una cierta noción de *reciprocidad andina* a los espacios de las políticas públicas: en cierto sentido, una readaptación del sentido de la antigua economía moral hacendataria o lógica de la reciprocidad asimétrica. Es como si los comuneros de las tierras altas de Totorillas o Llinllín, tuvieran una percepción de su acceso a los beneficios eventuales de proyectos de desarrollo no tanto en condición de derechos ciudadanos, sino como dádivas que vienen de arriba, por lo que cabe mostrar gratitud y lealtad al donante-proveedor (Tuaza, 2011: 146).

IV. Las formas que ha adquirido la transmisión / configuración del poder al interior de ese mundo pos-reformista, han venido condicionadas por las vías de institución de las élites campesinas en el transcurso del proceso de lucha por la tierra. En aquellos escenarios bajo la influencia del Partido Comunista y la FEI, parece constatarse una substitución de las viejas autoridades comunitarias por liderazgos de nuevo cuño, como consecuencia de la difusión del discurso clasista en una etapa de crisis de los mecanismos consuetudinarios de la economía moral hacendataria. Así parece haber sido en Columbe (López, 2015), y particularmente en Llinllín (Tohaza,

1984), ambos enclaves cercanos del polo de influencia de Ambrosio Lasso y el Partido Comunista,¹⁶ y con presencia de comunidades libres en donde la profusa intervención de agencias de desarrollo, facilitaron su conversión en correas de transmisión de ideologías campesinistas que moldearon unos liderazgos escorados, en su día, a los postulados de la izquierda clásica.¹⁷ En el caso de haciendas y comunidades con influencia periférica de la FEI y más directamente relacionadas con el impulso de la Teología de la Liberación o las iglesias evangélicas –como es el caso del hatu de Totorillas, Yacupamba y Pasñag–, se produjo sin embargo una refuncionalización de las viejas jerarquías y los antiguos linajes de poder del tiempo de la hacienda. La mirada contemporánea desde el campo pone de manifiesto la manera en que los *habitus* hacendatarios continúan condicionando la forma que tiene de ejercerse el poder y la autoridad en las comunidades surgidas de las haciendas que, con Totorillas a la cabeza, constituían el emporio del patrón Thur de Koos en Guamote. Tras la desaparición de la hacienda, en efecto, los hijos y nietos de los *kipus*¹⁸ manejan, a través de todo un complejo repertorio de estrategias y trayectorias diversas, los hilos del poder comunitario. Las reflexiones de Tuaza (2014 y 2014b) al respecto, sustentadas en una investigación colectiva de largo aliento en la zona, vienen corroboradas por el trabajo etnográfico realizado por Soria (2014), en la antigua comunidad libre de Chismaute.¹⁹

La generación de un sector heterogéneo y polivalente de intelectuales orgánicos en el mundo indígena fue clave, porque permitió transformar a los antiguos sectores precaristas de las haciendas, en un sujeto colectivo, con capacidad para elevar sus

16. Ambrosi (1905-1970). Lasso fue un huasipunguero que tomó conciencia de la situación de opresión en que vivía el mundo indígena y que protagonizó varias movilizaciones durante los años treinta en el entorno de su hacienda de procedencia –Galte, un fundo muy cercano a Totorillas. Atraído por el Partido Comunista a tenor de su coincidencia en prisión con algunos de sus líderes, participó en 1944 en la fundación de la FEI. Su imagen icónica continúa muy presente en las narrativas modélicas de los viejos huasipungueros cuando rememoran el tiempo de la lucha por la reforma agraria.

17. Desde que Misión Andina –el programa indigenista más importante de Ecuador, operativo entre 1954 e inicios de la década de 1970 (Prieto, 2017)– intervino en la región, otras 15 instituciones de desarrollo han operado en Llinllín y 32 más en el área de Totorillas (anotaciones de campo).

18. En la estructura de control de una hacienda, por debajo de la figura del patrón-propietario, existía una cadena de mando que incluía, de arriba a abajo, al administrador, a los mayordomos y a los mayores, también llamados *kipus* o *kipukamayos* (en quichua, cuidadores u organizadores del *kipu*, la contabilidad, es decir, garantes de la organización de las faenas). Estos últimos eran huasipungueros con estatus que debían ordenar la fuerza de trabajo para que cumpliera con las tareas asignadas en el día a día, así como aplicar la justicia del patrón.

19. Su estudio pone de manifiesto cómo la mayor influencia sobre las decisiones de la comunidad recae en la figura de un Tayta hijo de *kipu* originario de Gramapamba (antigua comunidad huasipungu) casado con la hija de otro *kipu* de una ex-hacienda aledaña. El apellido –el linaje– es determinante en la medida en que se asocia al acceso a un conjunto de parcelas al interior de la antigua hacienda (en el caso aludido, una suerte de recreación de una economía de *archipiélago* compuesta por diez lotes dispersos, ubicados entre los 2.900 y los 4.000 metros de altura, y productores de bienes para el consumo doméstico –variedades de papa, por ejemplo– o para ser comercializados en la feria de Guamote o procesados –leche para queso– y luego vendidos). El apellido, además, alude a una antigua estirpe de *kipukamayos* de hacienda, tanto por parte masculina como femenina, que podría llegar a remontarse a los antiguos alcaldes y regidores herederos de los caciques coloniales. A menudo la parentela extensa de nuestro personaje ha ocupado puestos relevantes en el cabildo (extremo éste constatado a través del estudio de la sucesión de los cargos). En cualquier caso, el Tayta, en tanto catequista, ostenta una suerte de poder omnipresente que le ubica en un plano muy particular en lo que a su influencia y proyección pública se refiere. Ni que decir tiene que, aun residiendo en Chismaute (por encima de los 3.700 metros), esta es la familia más pudiente de la zona, propietaria de un pequeño camión y con el récord de que su hija es la única persona de la comunidad que ha cursado estudios superiores.

demandas (por definición locales, fragmentarias y fragmentadas), del ámbito de la administración privada de poblaciones a la esfera pública, politizándolas y catapultando al incipiente movimiento indígena hacia la primera plana de la política nacional. En las dinámicas abiertas en los Andes por las luchas agrarias antes, durante y después del período reformista, la conformación de una élite indígena capaz de establecer vínculos entre comunidades, asociaciones y cooperativas de productores, de consolidar las bases del entramado organizativo dentro y fuera de las haciendas y de construir alianzas con otros sectores posicionados en contra de las prerrogativas de los terratenientes, fue una de las claves del punto y final que esa coyuntura marcó para el régimen gamonal. Desde la perspectiva del devenir posterior del movimiento indígena, además, esta es una cuestión capital puesto que para que emerjan y se politicen los movimientos étnicos es necesaria, en principio, la existencia de esas redes transcomunitarias que permitan ir más allá de las identidades locales y construir imaginarios de un *nosotros* colectivo indígena (Yashar, 2005: 71-75). Los estudios en Columbe (Llinllín) y Guamote (Totorillas) parece apuntar en esa dirección.

Una reflexión final desde el presente etnográfico

Como es bien sabido, de los años ochenta en adelante, el replegamiento del Estado del medio rural y la afluencia masiva de ONG, se tradujo en los Andes ecuatorianos en una recurrente concentración de sus intervenciones sobre las regiones de predominio indígena-campesino, con el solapamiento paulatino de la *cuestión agraria* en la *cuestión étnica*. Este elemento reforzó la dimensión estratégica de los discursos etno-identitarios y su correlato idealizador de la vida comunitaria, en un contexto en el que ello facilitaba el acceso a recursos del aparato del desarrollo (Bretón, 2015). La importancia conferida a la lógica del parentesco, ampliado en este texto, implica más allá de ese asunto, referirnos a la comunidad indígena lejos de los etno-populismos y esencialismos de moda.²⁰ La fuerza de los hechos conduce a entenderla como un conjunto de ramificaciones sociales interconectadas, una suerte de archipiélago espacial vinculado a través de redes de filiaciones. En este sentido, conviene distinguir entre la lógica del Estado y su ley (la Ley de Comunas ecuatoriana, por ejemplo, y su identificación de la comunidad con un territorio a ella asociado), y la resignificación que de ella hacen las familias indígenas. La comunidad en los albores del siglo xxi obedece, ciertamente, a una red social ampliada que va mucho más allá de los límites de la comuna campesina *strictu sensu* (trascendiendo en consecuencia *lo rural*), y que se extiende por espacios distintos (habitualmente urbanos), distantes y entrecruzados. Esto no es nada nuevo, y conviene una mira-

20. La idealización de la comunidad indígena ha sido una constante de las disciplinas que se han aproximado a sus dinámicas. Sería excesivo pretender detallar aquí una historia del esencialismo andino. Sí vale la pena subrayar, con todo, que la última versión de ese tipo de mirada es la alusiva a la existencia de una especie de *ethos* andino-amazónico incontaminado (el manido Buen Vivir o *Sumak Kawsay*) que ha sido calificado como *pachamámico* (por sus alusiones a la *Pachamama* o Madre Tierra) desde sagaces posicionamientos críticos. Ver, entre otros, Stefanoni (2010); Bretón (2013); Viola (2014).

da de larga duración para captar las recurrencias y las rupturas en el despliegue de ese abanico de estrategias que se ponen en juego en el día a día (Kingman y Bretón, 2016). Nuestras observaciones etnográficas sobre el cotidiano de las familias comuneras de Chismaute y Llinllín sugieren, de hecho, que el parentesco ampliado constituye una densa red de relaciones sociales, de flujos de intercambios, dones y contra-dones (económicos, rituales y simbólicos), que recorren diferentes escenarios y que cristalizan en terminales que van, desde la comuna formal en el páramo, hasta el mercado mayorista de San Roque, en Quito, e incluso a enclaves en España, Italia o los Estados Unidos. Esta es una constatación que proyecta reverberaciones sobre otros escenarios de la región andina que han atravesado –en Ecuador, Perú y Bolivia– por procesos estructuralmente similares de inserción de las viejas economías campesinas familiar-comunitarias, a la globalización de los mercados nacionales, tras la liquidación del régimen de hacienda.

Conviene tener presente, por otra parte, que al igual que esas redes se insertan en los espacios ciudadanos –regionales, nacionales e internacionales–, la vida cotidiana en las comunidades se ha visto inundada de referentes urbanos cotidianamente resignificados (Colpari, 2011). Los hogares están, en efecto, regulados por las rutinas del trabajo asalariado o de la venta en el mercado informal, se aprovisionan a través de la concurrencia a los mercados locales- regionales y consumen productos de las industrias culturales globales. Todo eso tiene su traducción en unas estéticas particulares que se manifiestan de maneras muy diversas: desde la evolución de las pinturas naïf de Tigua en Cotopaxi (Soto, 2017), la *tecno-cumbia*, el *tecno-huayno* o la *música chicha* en toda la región andina (Moncada, 2014), hasta la máxima expresión arquitectónica de un gusto genuinamente hibridado como el representado por el estilo del aymara Freddy Mamani, en El Alto de La Paz (Andreoli y D'Andrea, 2014). Manifestaciones locales de estas nuevas maneras de *estar como indígena* son perceptibles a lo largo de toda la cordillera, y merecen ser analizadas en su contexto de significados y significantes glocales en permanente transformación. El abordaje de estos temas desde una visión renovada y abierta de la economía política, con perspectiva histórica y alejada de dogmatismos epistemológicos, tiene mucho que aportar en ámbitos como los aquí señalados y que aluden a la plasticidad de las identidades, la relatividad de las resistencias (así como la persistencia de las resiliencias), y la tozuda perseverancia del poder.

Referencias bibliográficas

- Aguirre Beltrán, Gonzalo
(1967) *Regiones de refugio. El desarrollo de la comunidad y el proceso dominical en Mestizoamérica*. México: Instituto Indigenista Interamericano.
- Andreoli, Elisabetta; Ligia D'Andrea
2014) *Arquitectura andina de Bolivia. La obra de Freddy Mamani Silvestre*. La Paz: Fundación Cultural Banco Central de Bolivia.
- Barsky, Osvaldo
(1988) *La reforma agraria ecuatoriana*. Quito: Corporación Editora Nacional.
- Becker, Marc
(2008) *Indians and Leftist in the Making of*

- Ecuador's Modern Indigenous Movements. Durham: Duke University Press.
- Bretón, Víctor
(2012) *Toacazo. En los Andes equinocciales tras la Reforma Agraria*. Quito: FLACSO.
- (2013) 'Etnicidad, desarrollo y "Buen Vivir": Reflexiones críticas en perspectiva histórica', *European Review of Latin American and Caribbean Studies* 95: 71-95.
- (2015) 'La politización de la etnicidad en la región andina: apuntes sobre un debate inconcluso' *European Review of Latin American and Caribbean Studies* 100: 41-51.
- Bretón, Víctor; Carmen Martínez Novo
(2016) 'Políticas de reconocimiento neoliberal y posneoliberales en Ecuador: continuidades y rupturas', *Quaderns de l'Institut Català d'Antropologia* 31: 25-49.
- Buitrón, Aníbal
(1965) 'La acción integral y el desarrollo de la comunidad', *América Indígena* XXV (1): 27-34.
- Burgos, Hugo
(1970) *Relaciones interétnicas en Riobamba. Dominio y dependencia en una región indígena ecuatoriana*. México: Instituto Indigenista Interamericano.
- CIDA (Comité Interamericano de Desarrollo Agrícola)
(1965) *Tenencia de la tierra y desarrollo socio-económico del sector agrícola del Ecuador*. Washington: Unión Panamericana, OEA.
- Clark, Kim
(2004) *La obra redentora. El ferrocarril y la nación en Ecuador, 1895-1930*. Quito: UASB / Corporación Editora Nacional.
- Colpari, Otto
(2011) *¿La muerte de la comunidad? Estudio de la desestructuración del capital social de la comunidad indígena de Sisid*. Quito: FLACSO.
- Contreras, Jesús
(1996) 'Las formas de organización comunal en los Andes: continuidades y cambios'. En: Jesús Contreras; Marie-Noëlle Chamous (eds.) *La gestión comunal de recursos. Economía y poder en las sociedades locales de España y América Latina*. Barcelona: Icaria, pp. 269-305.
- Cotlear, Daniel
(1989) 'Cambio institucional, derechos de propiedad y productividad en las comunidades campesinas'. En: *Desarrollo campesino en los Andes*. Lima: IEP, pp. 31-85.
- Ferrín, Rosa
(1980) *Transformación en las relaciones sociales de producción en el agro serrano: el caso Totorillas*. Tesis de Maestría, Quito: FLACSO.
- Foucault, Michel
(2006) *Seguridad, territorio, población*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Gangotena, Francisco
(1974) *The Socio-economic System of an Ecuadorian Indian Community*. M.A. Thesis, Gainesville: University of Florida.
- Gramsci, Antonio
(2006) *Los intelectuales y la organización de la cultura*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Guerrero, Andrés
(1991) *De la economía a las mentalidades. Cambio social y conflicto agrario en el Ecuador*. Quito: El Conejo.
- (1993) 'La desintegración de la administración étnica en el Ecuador'. En: *Sismo étnico en el Ecuador. Varias perspectivas*. Quito: Abya-Yala, 91-112.
- (2010) *Administración de poblaciones, ventriloquía y transescritura*. Lima: IEP-FLACSO Ecuador.
- Ibarra, Hernán
(2002) 'Origen y decadencia del gamonalismo en la Sierra ecuatoriana'. *Anuario de Estudios Americanos* LIX: 491-510.
- (ed.) (2013) *El pensamiento de la izquierda comunista (1928-1961)*. Quito: Ministerio de Coordinación de la Política y Gobiernos Autónomos Descentralizados.
- Kingman, Eduardo; Víctor Bretón
(2016) 'Las fronteras arbitrarias y difusas entre lo urbano-moderno y lo rural-tradicional en los Andes', *The Journal of Latin Ame-*

- ican and Caribbean Anthropology 22(2): 235-253.
- Lentz, Carola
(1986) 'De regidores y alcaldes a cabildos: cambios en la estructura sociopolítica de una comunidad indígena de Cajabamba / Chimborazo en Ecuador', *Ecuador Debate* 12: 189-212.
- López, Esteban
(2015) *La sombra alargada de la Hacienda: Hacienda y poder en la conformación del mundo pos-reforma agraria. El caso Columbe Grande (Chimborazo)*. Tesis de Maestría, Quito: FLACSO.
- Martínez Novo, Carmen
(2014) 'Managing Diversity in Postneoliberal Ecuador', *The Journal of Latin American and Caribbean Anthropology* 19(1): 103-125.
- Martínez Valle, Luciano
(2002) 'La crisis del modelo comunal'. En: *Economía política de las comunidades indígenas*. Quito: FLACSO / Abya-Yala / OXFAM, pp. 33-54.
- Meneses, Isabel
(2015), *Educación intercultural bilingüe para el Buen Vivir en una comunidad kichwa hablante en Chimborazo-Ecuador*. Tesis de Maestría, Quito: FLACSO.
- Moncada, Raúl
(2014) 'Relación de mercancías musicales de Otavalo y El Alto con la industria cultural de Ecuador y Bolivia', *Cuadernos de Documentación Multimedia* 25: 39-57.
- Prieto, Mercedes (ed.)
(2017) *El Programa Indigenista Andino: 1951-1973. Las mujeres en los ensambles estatales del desarrollo*. Quito: FLACSO.
- Smith, Gavin
(2010) 'Hegemonía y superpoblación: límites conceptuales en la antropología de los movimientos políticos'. En: Víctor Bretón (ed.) *Saturno devora a sus hijos. Miradas críticas sobre el desarrollo y sus promesas*. Barcelona: Icaria. pp. 175-195.
- Soria, Harry
(2014) *La construcción y práctica de discurso sobre comunidad campesina y Buen Vivir en Chismaute. Chimborazo*. Tesis de Maestría, Quito: FLACSO.
- Soto, Laura
(2017) *Como paja de páramo. Arte, identidad y poder en las comunidades andinas de Tigua (Ecuador)*. Tesis Doctoral, Lleida: Universitat de Lleida.
- Stefanoni, Pablo
(2010) '¿A dónde nos lleva el pachamamismo?', *Debate ordenado sobre el Pachamamismo*, <http://es.scribd.com/doc/33675955/Debate-Ordenado-Sobre-El-Pachamamismo>.
- Tohaza, Iván
(1984) *Transformaciones agrarias: protestantismo y analfabetismo en la comunidad andina a partir de década del 60; caso Llinllín*. Tesis de Maestría, Quito: FLACSO.
- Tuaza, Luis Alberto
(2011) *Runakunaka ashka shaikushka shina-mi rikurinkuna, ña mana: la crisis de movimiento indígena ecuatoriano*. Quito: FLACSO.
- (2014) 'Comunidades indígenas de la provincia de Chimborazo, Ecuador: permanencia de la sombra del régimen de Hacienda', *Anthropologica* 32: 191-213.
- (2014b) 'La continuidad de los discursos y prácticas de la Hacienda en el contexto de la cooperación', *Revista de Antropología Social* 23: 117-135.
- Viola, Andreu
(2014) 'Discursos "pachamamistas" versus políticas desarrollistas: el debate sobre el sumak kawsay en los Andes', *Íconos. Revista de Ciencias Sociales* 48: 55-72.
- Yashar, Deborah J.
(2005) *Contesting Citizenship in Latin America. The Rise of Indigenous Movements and the Postliberal Challenge*. New York: Cambridge University Press.